

# Urbanización, medio ambiente y sociedad<sup>1</sup>

*Jean-Claude Bolay*<sup>2</sup> (Suiza)

*Varinia Taboada*<sup>3</sup> (Bolivia/Francia)

## Resumen

El mundo se urbaniza de forma ininterrumpida en los países industrializados y de manera acelerada en las regiones del mundo todavía fuertemente rurales, transformando sociedades siempre más vulnerables y paralelamente más integradas a las redes de la globalización. En los países del Sur, una verdadera revolución demográfica está en marcha. Todo esto en contextos sociopolíticos que no ofrecen ninguna garantía en términos de planificación urbana y regional, y de recursos financieros. En tal contexto, las decisiones que se deben tomar dependerán en gran medida de la capacidad de los actores de superar la defensa de intereses sectoriales en beneficio de una gobernanza que favorezca la defensa de un bien común.

## Introducción

El proceso de globalización que experimentan los países industrializados de manera ininterrumpida

y las regiones todavía fuertemente rurales de manera acelerada, da lugar a sociedades más vulnerables y al mismo tiempo más integradas a las redes de globalización. Algunas cifras nos muestran la amplitud y la variedad de este proceso: desde el año 1900 al 2000, la población urbana del planeta pasó de 262 millones a más de 3 billardos de individuos. Las ciudades millonarias en habitantes son actualmente 370, de las cuales 250 se ubican en el Tercer Mundo, frente a 11 a principios de siglo. En cuanto a las megalópolis, de más de 10 millones de habitantes, había 2 en 1950, fueron 16 en 2000 y llegarán a 27 en 2025, de las cuales 21 estarán en el Tercer Mundo. Entre el 2000 y el 2025, la población urbana de los países desarrollados pasará de 922 millones a 1,1 billardos, mientras que la del Tercer Mundo se duplicará (de 2.200 a 4.400 millones).

La urbanización debe ser comprendida, en su complejidad, como una tendencia que marca una “modernidad” conflictiva y cambiante, emblemática de transformaciones que caracterizan:

---

1 Texto original en francés, traducido por Olga Arquiola (Argentina).

2 Sociólogo. Doctor en ciencias políticas. Profesor en Suiza, en el Colegio de México y en la UC Berkeley como investigador visitante. Investigador en la Escuela Politécnica Federal de Lausanne y director de la cooperación internacional. Profesor de desarrollo urbano en América Latina (Argentina, Bolivia, Cuba, Ecuador, México, entre otros), en África del Oeste (Burkina Faso, Camerún) y en Asia (Vietnam, India). Su trabajo en la temática urbana vincula ciencias sociales, urbanismo, arquitectura, ingeniería, medio ambiente y *management* institucional. [jean-claude.bolay@epfl.ch](mailto:jean-claude.bolay@epfl.ch)

3 Maestra de conferencia ENSAPLV, París. Arquitecta-urbanista, maestra en estudios latinoamericanos.

- la globalización del proceso;
- su organización social, producto de relaciones de fuerza;
- un medio de vida en la interface entre el medio construido y los recursos naturales.

La ciudad clásica, densa, compacta e inscrita dentro de límites territoriales no representa más que una parte de la realidad urbana, ahora más difusa sobre el plano espacial, geográficamente menos definible por el incremento de la velocidad y de las facilidades de transporte, sociológicamente identificable en los modos de vida, representaciones y prácticas sociales, económicas y culturales.

Dos continentes están fuertemente urbanizados: Europa y las Américas (70-80% de la población residente) mientras que Asia y África todavía tienen dos tercios de población rural; en estos dos últimos continentes está en marcha una verdadera revolución demográfica, con una población urbana que representará el 53,4 y el 54,5% en 2030 (con una tasa anual de crecimiento del orden del 3% en África y del 2,2% en Asia). Todo esto dentro de contextos sociopolíticos que no ofrecen ninguna garantía en términos de planificación urbana y de los recursos financieros.

En este contexto, las decisiones que se deben tomar dependerán considerablemente de la capacidad de los actores sociales e institucionales para superar la defensa de intereses sectoriales en beneficio de una gobernanza que favorezca la defensa de un bien común, en sus dimensiones tanto económicas, sociales como medioambientales, vinculando a los habitantes, que son a la vez ciudadanos y usuarios, los poderes públicos, primero a escala local pero también en los niveles superiores de las estructuras de poder y –lo que podríamos denominar– los mediadores urbanos: profesionales de lo urbano, ONG y otros actores.

Los resultados de dos investigaciones nos ayudarán aquí a poner en evidencia este juego de “decisores urbanos”, a veces institucionalizados, a veces sin organización formal:

- un primer estudio desarrollado en paralelo en tres aglomeraciones latinoame-

ricanas intenta demostrar los antagonismos que pueden existir entre la voluntad de innovación a favor del medioambiente y la variabilidad del impacto de tales decisiones en los planos económico y social;

- una segunda investigación realizada en la Ciudad Ho Chi Minh, metrópoli económica de Vietnam, subraya la necesidad de entrar en un recorrido interdisciplinario para cubrir la complejidad de las cuestiones a resolver en materia de desarrollo urbano.

En relación a trabajos realizados en contextos propios de los países del Sur, y en la perspectiva de trasladar la experiencia al plano mundial para una mejor comprensión del fenómeno, es posible extraer las siguientes conclusiones:

- La dinámica urbana es una mezcla de historias locales y de tendencias globalizadas a nivel mundial.
- Los cambios afectan en primer lugar a las sociedades más vulnerables a escala planetaria, en interacción directa con las lógicas políticas y económicas de la globalización, y con los intercambios que enlazan el conjunto de sociedades.
- Las innovaciones mayores que engendran nuestras sociedades se focalizan primero y ante todo en el medio urbano pero son fermentos de la transformación espacial y socioeconómica del conjunto del territorio, sin distinción clara entre el medio rural y las zonas urbanizadas.

### **Una contribución conceptual y aplicada a lo urbano**

El análisis de lo urbano y sus interacciones, tanto en el plano de la sociedad como frente a cuestiones medioambientales, nos conduce a abordar este campo de investigación a través de las siguientes dimensiones clave:

- el fenómeno urbano como realidad mundial multidimensional y multiforme;

- la identificación de los actores urbanos como agentes de transformación de las sociedades contemporáneas;
- el desarrollo sostenible como realidad mundial multidimensional y multiforme;
- el desarrollo sostenible como instrumento conceptual, que permite un abordaje a la vez medioambiental, social y económico de las realidades urbanas, y que puede desembocar en instrumentos que ayudan a la toma de decisiones.

Este rápido repaso de la problemática urbana introduce los dos estudios de caso a través de los cuales se busca demostrar:

- las interfaces siempre presentes entre las diferentes dimensiones de lo urbano, en una investigación comparativa realizada en tres regiones urbanas de América Latina sobre el “costado económico y social de las innovaciones medioambientales en el medio urbano”;
- la necesidad de un enfoque interdisciplinario para interpretar mejor la complejidad de las realidades urbanas y responder mejor a ellas, tanto en el plano científico como en el profesional.

Esta doble contribución, más conceptual en un primer momento, más aplicada luego, permitirá concluir subrayando la oportunidad de una visión global del fenómeno urbano, partiendo de situaciones “extremas” que emanan de sociedades con fuertes limitaciones, como pueden serlo los países en desarrollo, enfrentados a un proceso de urbanización acelerada, para examinar cuáles son las lecciones que se pueden extraer de estos modos del quehacer social para afrontar situaciones de crisis urbanas estructurales y coyunturales, y cómo, por su organización social, éstas vienen al encuentro de las exigencias del desarrollo sostenible. En ciertas condiciones, estas “innovaciones sociales y organizativas” podrían reactualizar las líneas de conducta, incluso las políticas públicas urbanas en los países industrializados, como en el caso de Suiza y de Europa occidental.

## **Lo urbano: un problema multidimensional**

“Entre 1900 y el 2000, la población urbana del planeta pasó de 262 millones a más de 3.000 millones de individuos. Las ciudades millonarias en habitantes son actualmente 370, de las cuales 250 se hallan en el Tercer Mundo, frente a las 11 que había a principios de siglo. En cuanto a megalópolis de más de 10 millones de habitantes, había 2 en 1950, fueron 16 en 2000 y llegarán a 27 en 2025, de las cuales 21 estarán en el Tercer Mundo. [...] Entre 2000 y el 2025, la población urbana de los países desarrollados pasará de 922 millones a 1.100 millones, mientras que la del Tercer Mundo se doblará (de 2.200 a 4.400 millones)”.

Estas afirmaciones, puestas en evidencia por Thierry Paquot en 1999, se confirman diez años después. En su informe sobre los asentamientos urbanos, ONU-Hábitat considera que esta tendencia va a proseguir en el curso de las décadas siguientes, primero en los países en desarrollo, hasta alcanzar el 70% de la población mundial en 2050 (ONU-Hábitat). Estas referencias son la base de nuestra reflexión sobre este fenómeno global de urbanización, que toca el conjunto de las regiones del mundo y que concierne de cerca o de lejos a la totalidad de la población mundial (ergo un problema de la sociedad), con un impacto directo o indirecto sobre los medios de vida (ergo un problema medioambiental), y cuya expansión acelerada, tal como ella ha sido presagiada para las futuras décadas, presenta serios interrogantes de compatibilidad entre las dimensiones ecológicas, económicas, sociales y urbanísticas para el futuro de las sociedades contemporáneas. En una palabra, interrogantes sobre el desarrollo sostenible y, más específicamente, sobre el desarrollo urbano sostenible.

Lo urbano, en su complejidad contemporánea, no puede ser percibido sino como un fenómeno multidimensional cuya realidad material, constructiva y técnica refleja la creatividad de los seres humanos, pero igualmente sus conflictos, sus contradicciones y los recursos de los cuales disponen para materializar sus proyectos.

De la ciudad a lo urbano o el pasaje de una imagen a un proceso: resumido en algunas palabras esta podría ser la transformación histórica que genera el proceso de urbanización bajo su forma actual. Anne Querien (2001) afirma que “la ciudad es primero un producto histórico de la cual cada generación se apropia de una parte diferente, y cuya materialidad responde a la aspiración que puede allí manifestarse”. En este sentido, se trata de una construcción social, producto de la relación de fuerzas entre actores, pero también una imagen simbólica de referencia para aquellos que allí viven como para los migrantes que desean establecerse en ella. Aun si la realidad espacial y demográfica nos conduce sobre territorios multiformes, difusos, disparatados, difíciles de circunscribir en sus evoluciones siempre más rápidas, tanto para los usuarios como para los decisores y, a menudo incluso para los profesionales de lo urbano.

Este “establecimiento humano”, para retomar la terminología onusiana (UNCHS, 2001), evoca primero la ciudad compacta heredada de la Edad Media, semejante al seno de un tejido denso y protector, una comunidad humana identificable y estructurada. Esta “urbanidad” hecha de una concentración de individuos, de actividades y de servicios permanece plena y entera, y merece ser reivindicada. Es una cultura que irradia más allá de las fronteras físicas y administrativas de las ciudades madre, y es con este espíritu que se inicia la revalorización de las aglomeraciones urbanas occidentales, por la rehabilitación de los espacios públicos, la apropiación de estos espacios para los ciudadanos (vías peatonales, carriles para bicicletas, moderación de la circulación), la valorización, e incluso la misma comercialización del patrimonio histórico y edificado (museos, iluminaciones, eventos culturales y deportivos están alrededor de formas tranquilizadoras y comercializadas para reencontrar una ciudad mítica y hacerla revivir como entidad histórica y referencia contemporánea).

Esta tendencia interpela al conjunto de los especialistas de lo urbano, cualquiera sea su disciplina de pertenencia y su enfoque. Paralela a esta puesta en escena de la ciudad se opera una desagregación del tejido edificado que favorece tanto

los nuevos comportamientos individuales (centros comerciales en la periferia, viviendas suburbanas) como las facilidades tecnológicas (transportes de alta velocidad, vías rápidas, internet).

Parafraseando a Françoise Choay, uno puede aventurarse a enunciar “la muerte de la ciudad y el reino de lo urbano” (1999). Es difícil abstraerse del gran debate que sacude al medio. Lo que es cierto, como lo dice T. Paquot (2000) es que estamos frente a una situación compleja y móvil que induce los saberes heterogéneos, a veces conflictivos. Esta realidad cambiante será analizada de manera diversa según seamos arquitectos o urbanistas, sociólogos o economistas, ingenieros o políticos, pues sobre ella la acción difiere, de allí que se exprese desde Nueva York o Lagos, desde la rica metrópoli de Zúrich o desde un centro regional urbano en Ecuador (Bolay *et al.*, 2004). Como lo enuncia Paquot (2006), cinco desafíos son hoy los que esta “tierra urbana” tiene para volverse mundial –como tantos otros campos de acción y de reflexión–: el control del suelo y de su ordenamiento; las movilidades; los desafíos ecológicos ligados al cambio climático; la democracia frente al individualismo; la urbanidad y el vivir juntos.

A través de mutaciones sociales, técnicas y territoriales lo urbano se revela emblemático de la “modernidad” de nuestras sociedades contemporáneas, y esto ocurre de múltiples maneras. Primero a través de la globalización del fenómeno, extendido al conjunto del planeta, aunque los niveles y los ritmos de urbanización difieran según las regiones del mundo; luego porque en su materialidad urbanística, constructiva y técnica (lo urbano comprendido como una red de redes, transportes, energías, vías de circulación, comunicaciones electrónicas; y definido igualmente como un patrimonio edificado reflejo de una historia humana y de su futuro) lo urbano es también y ante todo una construcción social, es decir, una organización de seres humanos y de sus actividades como producto de relaciones de fuerza entre individuos, entre grupos sociales enfocados a concretizar –a través de la representación que ellos se hacen de su situación y de su medio ambiente– aspiraciones y proyectos de vida (en sus

dimensiones sociales y culturales, económicas y políticas).

Por último, porque lo urbano es un medio de vida (por no decir un ecosistema artificial), de confrontación a menudo caótica, a veces coherente, pero siempre dinámica, de un medio ambiente natural (constituido de recursos indispensables para toda vida individual y social, agua, sol, aire, energías) y de un medio ambiente edificado (edificios e infraestructuras), transformado en interdependencia continua por las acciones conducidas por los individuos que allí viven, tanto como por un cierto número de decisiones y de intervenciones exógenas.

El análisis del fenómeno urbano no puede estar dissociado de una reflexión más amplia sobre el devenir de nuestras sociedades, cuya globalización de los intercambios se ha tornado en el motor primordial. Esta preeminencia de la mercantilización de las relaciones sociales a escala planetaria es una novedad eminentemente urbana, las más grandes aglomeraciones mundiales sirven de plataforma para la difusión de saberes, tecnologías, bienes y servicios. Pero esta tendencia, como lo recuerda F. Ascher (2000), no es unívoca. “Ella encuentra, en las especificidades locales, elementos útiles a su propia dinámica”. Y la idea de la ciudad clásica, densa, compacta y demarcada en sus límites planificados, en su diferencia de lo rural, no representa más que una parte de la realidad urbana, ahora más difusa sobre el plano espacial, geográficamente menos definible por el incremento de la velocidad y las facilidades del transporte, sociológicamente ante todo identificable a los modos de vida, representaciones y prácticas (Bolay *et al.*, 2000).

Estos elementos ponen en evidencia las duplas aparentemente dicotómicas que deberíamos examinar como signos de la evolución del fenómeno que se desea evaluar, analizar y transformar: ciudad-urbano, homogeneidad-complejidad, disciplina-interdisciplinariedad. En síntesis, lo urbano nos obliga a tomar algunos reparos: el fenómeno no puede ser aprehendido más que en la perspectiva histórica que permite comprender, en el largo plazo, sus transformaciones; su complejidad implica un análisis interdisciplinario

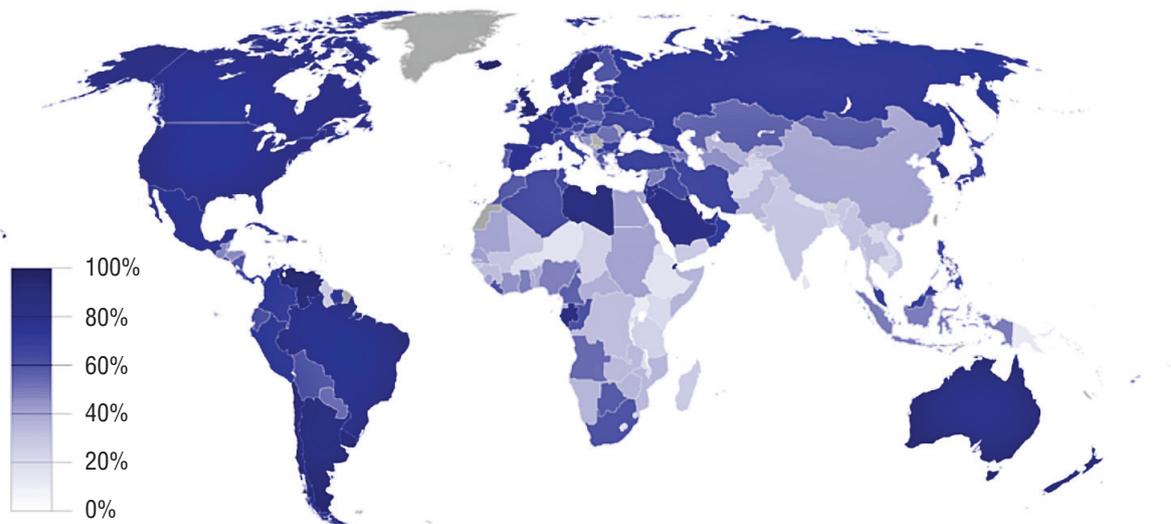
de sus diferentes caracteres e interacciones; los resultados de las investigaciones –traducidos en recomendaciones, lineamientos, políticas y programas de actividades– deben ser conducidos a buen término desde una perspectiva de gobernanza ciudadana (en cuanto a la toma de decisiones) e intersectorial (en lo que concierne a lo operacional).

### **Fragmentación urbana: tendencia global con distinciones regionales y locales**

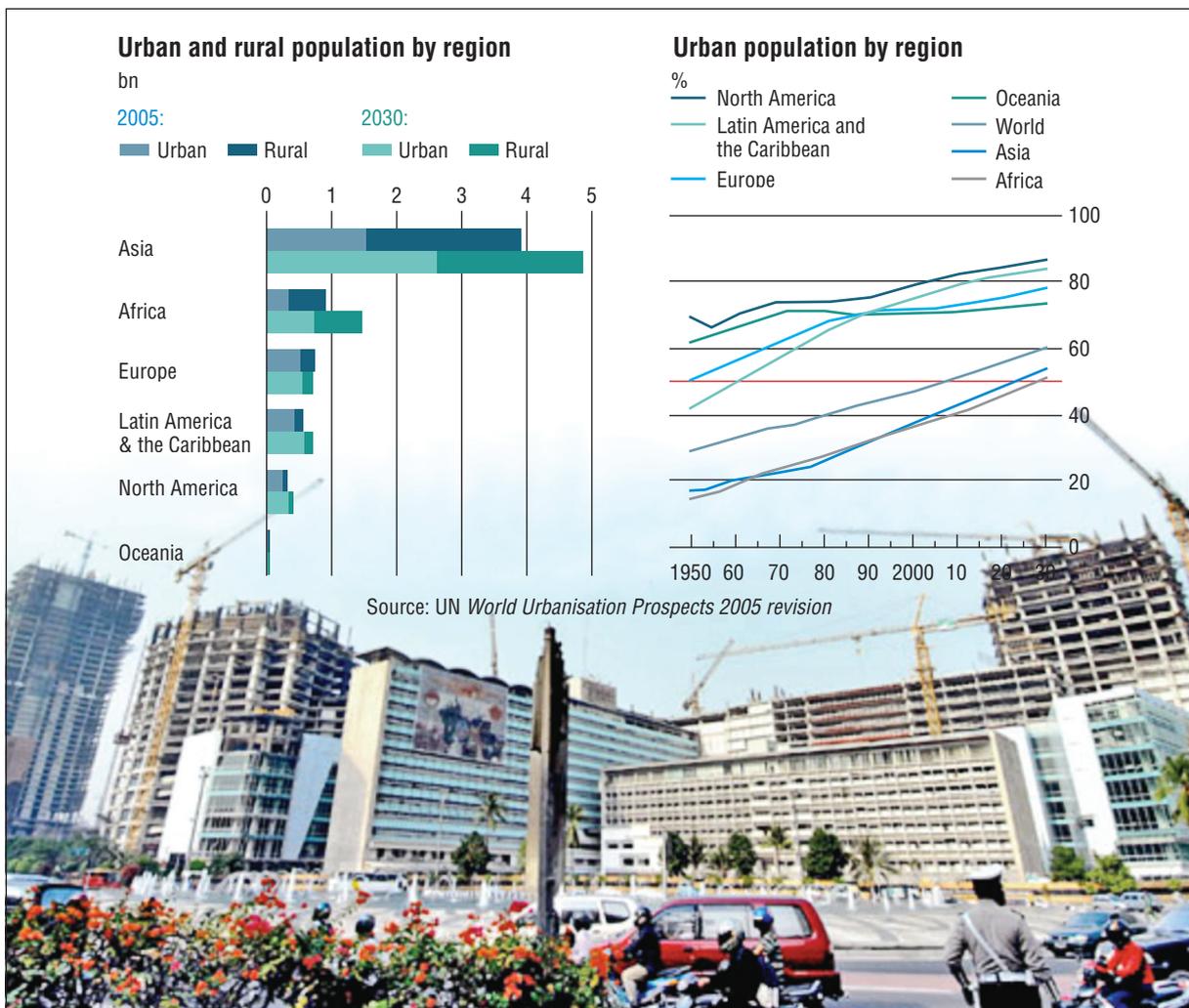
Muy brevemente, hay que recordar que lo urbano, a la vez como territorio habitado y también como fundamento sociocultural, representa el medio de vida de más del 50% de la humanidad (UN-DESA, 2009), distribución que no es homogénea en el plano internacional. Dos continentes están fuertemente urbanizados, Europa y las Américas (rozando el 80%) mientras que Asia y África tienen apenas más del tercio de sus poblaciones viviendo en medios urbanos. Estas distinciones regionales son enormes y marcan fuertemente el reparto demográfico en el curso de los próximos años –los desafíos en términos de urbanizaciones–, la relación de fuerzas económicas y políticas entre las poblaciones urbanas y rurales, lo mismo que entre países históricamente urbanizados y países en vías de urbanización.

En efecto, como se puede comprender con la lectura de los dos gráficos siguientes, la urbanización se caracteriza por una fractura entre el Norte y el Sur, que traduce una doble tendencia:

- un crecimiento urbano muy débil en el plano demográfico en los países industrializados, pero con un impacto no despreciable en el uso y tratamiento del espacio;
- una verdadera revolución demográfica en la gran mayoría de los países asiáticos y africanos (la población urbana, que representa 36,4% en Asia y 37,9% en África en 2000 pasará a 53,4 y 54,5% respectivamente en 2030, con una tasa anual de crecimiento del orden del 3% en África y del 2,2% en Asia).



Población urbanizada en 2006 (UNFPA, State of the population, UN, 2007).



Estos grandes movimientos de población van a inscribirse, de una parte y otra, sobre el territorio: dando forma a la expresión física y material del presente y del futuro de las aglomeraciones urbanas del mundo contemporáneo –modificando también las representaciones que los usuarios tienen y los comportamientos que adoptan–; agrandando la brecha entre “ciudades ricas”, reproduciendo una imagen construida y simbólica de una historicidad afirmada (que se piensa en el tratamiento urbanístico de los espacios públicos centrales dedicados al ocio y al comercio) y “urbanizaciones pobres” (Lieberherr y Bolay, 2007), estas últimas como la extensión periférica de las metrópolis occidentales o representadas por las aglomeraciones “informales” de los países del Tercer Mundo (Davis, 2006; Neuwirth, 2005; Agier, 1999); a través de la emergencia de mestizajes, tanto en el plano social (un incremento de las migraciones Sur-Norte es altamente previsible) como cultural.

Estas previsiones son cruciales y ya no permiten a los especialistas de lo urbano hacer la economía de tales pasajes entre lo urbano y el mundo, la realidad que se observa en lo cotidiano en nuestro vecindario inmediato y las transformaciones urbanas que se consideran exógenas no son a menudo más que premonitorias de conflictos nacidos de la globalización, que son, siguiendo a Stiglitz (2007), tanto ideológicos y políticos, como económicos y tecnológicos.

### **Cuestiones sociales y políticas: actores, prácticas y decisiones**

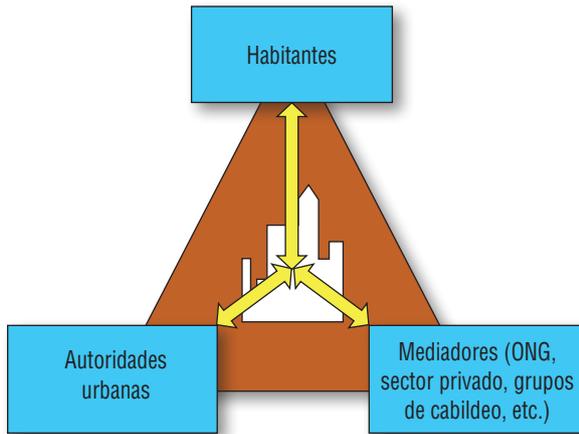
Para un sociólogo que trabaja el campo urbano, una de las cuestiones clave reposa ante todo en el análisis del comportamiento de los actores en el lugar, de sus aspiraciones y aprehensiones en función de la realidad que les rodea; representaciones que, en su momento, van a determinar estrategias y acciones individuales o en tanto grupos constituidos, mediante luchas por defender sus intereses. Encontramos esta idea especialmente en Alain Touraine quien hace más de veinte años (en “el retorno al actor” de 1984) sostuvo que el posicionamiento del

actor social se define a la vez por los valores que orientarán su acción, por las luchas que sus acciones engendrarán y por las relaciones de dominación (nacidas de relaciones de fuerzas). La acción social, para retomar otro término difundido por Touraine, es entonces el resultado de acciones conducidas por los agentes de cambio que, con conciencia, buscan transformar la realidad social, pero también económica y material. Esto nos permite poner el acento sobre las conductas colectivas de los individuos, sobre la defensa de intereses identificando los grupos, y sobre los conflictos como motor de los cambios. Tema central en “un mundo contemporáneo” tironeado entre “una globalización y una fragmentación simultánea” (Castells, 1996).

Ya que es fácil apostar sobre el hecho de que los cambios que modelan nuestras sociedades contemporáneas –por la emergencia y difusión de nuevas tecnologías, por la globalización de los intercambios (ante todo económicos, aunque no exclusivamente) y por las normas políticas que guían esta tendencia (liberalismo o neoliberalismo para retomar la jerga usual)– van a transformar nuestro medio de vida, el medio ambiente urbano de más de la mitad de los habitantes del planeta; van a modificar por lo mismo las percepciones, estrategias y prácticas de los actores urbanos; y, detrás de esto, la identificación propiamente hablando de los actores urbanos: ¿quiénes son estos individuos que, a título personal, pero también y sobre todo reunidos en corporaciones, grupos o asociaciones identificables, son los agentes del cambio urbano, hoy y ahora? Y, en segundo lugar, ¿cómo se construyen nuevos modos de regulación de la acción urbana que se apoyen sobre cierta pluralidad de actores y propongan crear mediaciones favorables a los compromisos entre intereses divergentes?

Inspirándonos en investigaciones llevadas a cabo en numerosas regiones del mundo durante los últimos veinte años, esencialmente en América Latina y Vietnam, nos hemos aventurado a discernir estos *partenaires* de la acción urbana, entronizados de manera un poco esquemática en el seno del “triángulo de los decisores urbanos” (Bolay y Du, 1999).

### El triángulo de los actores urbanos



Esta no puede representar más que una primera etapa en la comprensión de las dinámicas que fabrica el sistema urbano. Ella merece ser afinada a fin de superar una visión por demás funcionalista, demostrando, por ejemplo, la diversidad de actores en el seno de estas grandes categorías, sus frecuentes divergencias de puntos de vista y de estrategias, las confrontaciones o las concertaciones que surgen de enfrentamientos puntuales o de posibles alianzas. Esto se revela particularmente necesario en el momento en que se desea ubicar dispositivos de “gobernanza urbana” buscando asociar una pluralidad de actores,<sup>4</sup> y permitiéndonos comprender las lógicas puestas en marcha por los actores implicados en estos juegos.

Si debemos evocar la figura de los habitantes es porque éstos traducen, por sus posicionamientos, la complejidad de la dinámica urbana y son a la vez ciudadanos (decisores, directamente o a menudo indirectamente), usuarios (por lo tanto potencialmente beneficiarios de la acción pública), agentes de cambio (por el sesgo de formas organizadas, grupos de cabildeo, asociaciones, partidos políticos, etc.) pero también, en ciertas circunstancias, “hacedores de ciudades”, constructores, urbanistas, técnicos “de pies desnudos” (Percq, 1994; Pedrazzini, Bolay, Bassand, 1996; Westendorff, 2004).

*Socios* privilegiados de los profesionales de lo urbano, como los habitantes, son los poderes públicos, en primer lugar los poderes locales (institucionalizados en el marco de los límites territoriales y legales), pero también los poderes regionales y nacionales, que juegan un rol determinante en el establecimiento de normas, en la definición de condiciones marco de políticas urbanas y de su aplicación y seguimiento. Las autoridades públicas –a las cuales es necesario agregar a las administraciones que ejecutan las decisiones– están hoy en día, como todo actor urbano, sometidas a las tendencias de la globalización (aumento del poder de los actores económicos, desregulación del marco jurídico, descentralización de procesos políticos versus concentración internacional de grandes orientaciones económicas y de la sociedad) y han ido perdiendo progresivamente el norte de su poder en beneficio de nuevas formas embrionarias de cogestión. Sin olvidar que el gobierno local, escala de poder prioritariamente abocada a la gestión urbana, es cada vez menos la escala apta para la resolución efectiva de problemas (Blanc, 2001).

La cuestión de los profesionales de lo urbano no puede ser eludida. ¿Son ellos actores de primer plano, por la autoridad que le confieren sus competencias y su dimensión operacional o deben ser considerados como agentes que intervienen en nombre de verdaderos decisores, políticos y sociales? Reemplazar a estos individuos, sus conocimientos y sus actividades, en el seno de una categoría más amplia que denominaremos “mediadores”, nos permite inscribirlos, junto con otros actores, como sujetos centrales de toda dinámica urbana.

Ya sean arquitectos, urbanistas o ingenieros, pero también planificadores, sociólogos, economistas, geógrafos o urbanistas o paisajistas, los profesionales ocupan una posición ambigua, son fuertes en sus competencias a favor de una transformación efectiva del territorio urbanizado, pero pueden ceder a falsas ilusiones sobre

4 La gobernanza urbana, para retomar las declaraciones de D. Joye y J.-P. Leresche (1997), debe ser comprendida como “una coordinación de acciones y de actores, ya sean privados o públicos, frente a la ineficacia del Estado para gestionar las políticas públicas y la fragmentación social de intereses”.

la magnitud de su influencia. A veces incitados a considerarse como “los amos de la ciudad” (para retomar la expresión de Tribillon, 2002), se ven enfrentados, según las situaciones, a una doble dificultad:

- una imposibilidad técnica y sobre todo política de tratar de manera coherente todo el territorio (situación típica de sociedades democráticas de tipo europeo donde numerosas formas de expresión obstaculizan las desideratas de los profesionales);
- una incapacidad técnica y financiera de hacer frente a las constricciones espaciales, físicas y sociales de territorios en vía de urbanización (situación típica de la gran mayoría de las aglomeraciones urbanas del Tercer Mundo, en las cuales la voluntad política y ciudadana, si esta última existe, es inmediatamente contrarrestada por la incapacidad presupuestaria de los actores públicos y privados para aportar soluciones inmediatas y sostenibles [UN-Hábitat, 2005]).

### **El desarrollo sostenible y lo urbano: entre ideología, análisis conceptual e instrumento de decisión**

Una primera definición de “desarrollo sostenible” se impone para situar mejor el concepto frente a las numerosas críticas que han sustentado dos décadas de vivas discusiones.

Para la Comisión sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, encomendada a fines de los años 80 por las Naciones Unidas para preparar la Cumbre de la Tierra en 1992 (1987), el desarrollo sostenible representa un compromiso frente al presente y en consideración a las futuras generaciones: “...para asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para que satisfagan las propias...”, lo que implica que se pongan límites, no de manera absoluta, pero teniendo en cuenta el estado de las tecnologías, de los recursos naturales y de una organización social apta para promover un crecimiento

económico más equitativo. Esta inquietud no es nueva, desde los años 70 una corriente entera de la economía había vuelto a discutir las líneas directrices del productivismo desenfrenado, ya sea de obediencia capitalista o socialista, para subrayar los estragos ecológicos al igual que la injusticia social que perduraba. El eco-desarrollo, para retomar los términos de uno de sus teóricos, Ignacy Sachs (1997; 2007), es el concepto fundador de estas preocupaciones.

Tres elementos clave determinarán la sostenibilidad de un desarrollo posible. Interdependientes uno de otro, están allí para afirmar que el desarrollo sostenible no es simplemente “un nuevo vocabulario para hablar del medio ambiente”, ni tampoco se trata de una “economía de mercado más preocupada de la calidad de sus productos”. Hay que considerarla como una visión heurística de la complejidad social, un enfoque a través del cual nos preguntamos de manera sistémica sobre las interacciones conflictivas o armoniosas en el seno de nuestras sociedades contemporáneas en sus tres dimensiones clave: la equidad social, la preservación medioambiental y la responsabilidad económica.

Ellas son, a la vez, el camino que se debe seguir y la garantía de un progreso verdadero en el largo plazo:

- Equidad social, ya que los mecanismos de redistribución de riquezas existentes entre los individuos y entre países son un factor de justicia pero también de productividad y de inventiva, y esto en todos los campos.
- Preservación medioambiental, porque los recursos naturales son, en su gran mayoría, agotables y degradables y necesitan de un uso racional y óptimo.
- Responsabilidad económica, dado que las solas leyes del beneficio no aseguran la consideración de los costos directos e indirectos de la producción, lo que repercute sobre los consumidores y agrava las desigualdades entre los “beneficiarios” del sistema y quienes pagan el costo real (directamente por una presión sobre los precios agrícolas en el Sur, por ejemplo; indirectamente bajo la forma de

contaminación, enfermedad, desempleo, exclusión social y otros).

Este equilibrio, precario y aleatorio, debe ser perseguido, y para hacerlo es indispensable que la dimensión espacial se torne un componente ineludible que logre distribuir de manera armoniosa sobre el territorio a los individuos, sus urbanizaciones (alojamientos e infraestructuras) y sus actividades. La división del mundo entre “ricos y pobres” se traduce en una fragmentación del territorio habitado, segregación contra la cual el desarrollo sostenible debe representar un verdadero instrumento de análisis (Theys, 2002; Godard, 1996).

Y es claramente por esto que este análisis debe guiar las políticas públicas e implantarse de manera coherente (sobre todo a través de las “Agenda 21”<sup>5</sup> locales). No alcanza con admitir estos principios, es necesario además convencer, incluso obligar, si es necesario, a individuos e instituciones a otorgar a este nuevo enfoque multi-dimensional un carácter ineluctable en la planificación y la organización urbanas. Es allí entonces donde nacen los problemas, las declaraciones de intenciones son raramente seguidas de una puesta en marcha seria y determinada.

Pero el riesgo es también grande cuando el “desarrollo sostenible” se considera como “un lujo para países ricos” en detrimento de los países más pobres, acentuando la segregación entre los beneficiarios de un desarrollo sofisticado y oneroso, minoritarios porque son occidentales y poco numerosos, y las grandes masas de indigentes; profundizando igualmente la brecha existente entre espacios urbanizados a estos efectos y los territorios abandonados a su

suerte.<sup>6</sup> La cuestión es eminentemente política, colectiva y urgente de abordar, sin distinción de origen ni de disciplina, en la medida que los participantes estén listos a comprometerse en profundos cambios de la sociedad, a replantear sus modos de vida y sus privilegios. Y es, sin ninguna duda, esta falta de buena voluntad, esta ausencia de compromisos fuertes por parte de cantidad de actores políticos y económicos, lo que ha generado tantas críticas frente al concepto, y todavía más a la vista de su aplicación (Rist, 1996).

Estas perspectivas de desarrollo sostenible –mientras se quieren aplicar a un contexto específico, como pueden ser las aglomeraciones urbanas contemporáneas– todavía permanecen muy alejadas de la dinámica de la globalización, de su preeminencia económica y de sus efectos sociales (Bolay, 2006).

### Dos ejemplos de gestión urbana sobre cuestiones socio-medioambientales

Dos investigaciones, entre otras desarrolladas en la EPFL<sup>7</sup> con asociados científicos extranjeros, nos permiten examinar más concretamente cómo estas diferentes dimensiones, medioambientales y sociales, interrogan el proceso de urbanización.

La primera de estas investigaciones, realizada conjuntamente en tres países de América Latina (Argentina, Bolivia, Cuba), pone en evidencia el hecho de que las cuestiones medioambientales en el medio urbano tienen un impacto económico y social de primera importancia y que su resolución tiende a generar más

5 Agenda 21 es el programa de las Naciones Unidas relacionado con el desarrollo sostenible. Es un plan de acción para ser tomado global, nacional y localmente por organizaciones de las Naciones Unidas, gobiernos y grupos en cada área en la cual los humanos impactan el medio ambiente; 21 se refiere al siglo XXI. Ver: <http://www.un.org/esa/sustdev/agenda21text.htm>

6 Las prioridades en materia de desarrollo urbano muestran bien cómo esta división espacial se realiza de manera selectiva, ya sea al interior de las aglomeraciones urbanas, como en su vínculo con las regiones rurales; y muy particularmente en los países del Tercer Mundo (Bolay *et al.*, 2003).

7 Las investigaciones citadas han sido realizadas desde los años 90 en el marco del Instituto de Investigación sobre el Medio Construido (IREC) del departamento de arquitectura, antes de continuar a partir del Laboratorio de Sociología Urbana (LaSur) del Instituto de Desarrollo Territorial (INTER) de la Facultad ENAC, y proseguidas desde entonces en el seno de la cátedra UNESCO “Tecnologías para el desarrollo” (Unidad Cooperation@epfl) de la Escuela Politécnica Federal de Lausanne, Suiza.

o menos segregación social y espacial, según las políticas públicas implementadas.

La segunda investigación, ejecutada en la Ciudad Ho Chi Minh (Saigón), en Vietnam, servirá de ejemplo para demostrar que el estudio de la complejidad urbana, característica primera de este proceso, implica, tanto en su enfoque como en sus recomendaciones, una metodología científica centrada en la interdisciplinariedad.

### **El costo económico y social del mejoramiento medioambiental en América Latina**

Con el objetivo de observar localmente las transformaciones sociales inducidas por los cambios en las condiciones medioambientales de existencia de las poblaciones urbanas de América Latina, se realizaron tres estudios comparativos en tres contextos urbanos específicos, trabajando en cada caso en sociedad con una institución universitaria o un organismo de investigación. Estos contextos son Cuba, Bolivia y Argentina (Bolay *et al.*, 2003).

Estas tres regiones urbanizadas no representan de manera exhaustiva el conjunto de problemas que se encuentran en el crecimiento un poco convulsivo de las ciudades latinoamericanas. Ellas son, sin embargo, sintomáticas de las incertidumbres más actuales en materia de planificación del medio construido y de las dudas que plantean los especialistas de la gestión urbana en América Latina, por una parte frente a la imprevisibilidad del crecimiento urbano y por otra a la consideración de un aumento sin precedente de las desigualdades sociales y económicas.

En Cuba, trabajamos en un contexto “forzado a la innovación social”. En numerosos países la reestructuración económica y la reorganización político-administrativa han permitido la

emergencia de organizaciones no gubernamentales innovadoras sobre el plano social. Cuba, país enclavado y abandonado hace diez años por su tutor soviético pero siempre sometido al bloqueo de los Estados Unidos, se encuentra a medio camino entre una política de planificación centralizada y una apertura a la iniciativa privada. Nuevos actores aparecen y participan en la organización de la sociedad urbana (organizaciones sin fines de lucro, empresas privadas<sup>8</sup>). Es particularmente el caso del dominio del hábitat y especialmente de la vivienda social, reivindicada por el Estado como un derecho fundamental del ciudadano y realizado masivamente por empresas públicas, que no alcanzan a satisfacer el conjunto de necesidades de la población de la isla. Ayudada por la crisis económica, la vivienda autoconstruida se torna, como en el resto de América Latina, en la forma usual en que las capas más desfavorecidas intentan resolver este problema. Para hacer frente a esto se constituyó Hábitat-Cuba, sociedad sin fines de lucro, iniciadora de numerosos programas de vivienda en las que las propuestas de renovación son abordadas con la participación directa de los habitantes.<sup>9</sup>

Bolivia, luego de una vuelta a la democracia parlamentaria en 1982, consagró lo esencial de su vida política y reglamentaria a “innovar sobre el plano legal e institucional”, a favor de la descentralización administrativa y política y de una gobernanza urbana que vincula autoridades municipales y actores privados y sociales. Aunque este largo trabajo de reforma estructural de los poderes ejecutivos y legislativos no está exento de populismo, desemboca, sin embargo, en un reforzamiento innegable de las colectividades urbanas, más libres frente al Estado central, con mayores márgenes de maniobra para negociar la gestión y el mantenimiento de servicios colectivos tales como la gestión de residuos sólidos en la periferia pobre

8 Hablar de empresas privadas en Cuba hoy se refiere a dos tipos distintos de empresas: por un lado, se trata de microempresas familiares y, por otro, de empresas mixtas que vinculan capital privado extranjero y contribución gubernamental cubana.

9 La sociedad Hábitat-Cuba fue cerrada en julio de 2001 por el gobierno, aduciendo que se recuperaría esta experiencia innovadora desde el seno de las estructuras administrativas públicas.

de La Paz, principal aglomeración urbana del país. Respecto a este tema, Bolivia sigue siendo ejemplar. Sin lugar a dudas, es uno de los países que ha vivido, desde los años 90, las revueltas más profundas sobre el plano legal y jurídico (Thévoz, 1999), ofreciendo así un dispositivo extremadamente refinado e innovador de instrumentos políticos y sociales. Buscando a la vez una mayor autonomía de las municipalidades en la gestión de su territorio y mayor control ciudadano sobre las instituciones responsables de representar a la población (Ley de Participación Popular), este dispositivo hace del control del medio ambiente un elemento clave de la gestión pública.

Las cosas evidentemente no se dan de forma automática y las prácticas parecen todavía atrasadas sobre las disposiciones legales: administraciones locales extremadamente fluctuantes, recursos financieros reducidos, coordinaciones casi inexistentes entre actores privados y públicos y tráfico de influencias. Esto se traduce en un aumento de costos de servicios privatizados puestos a disposición de la población, subsidios públicos mal controlados y la insatisfacción de una mayoría de los usuarios respecto de las prestaciones ofrecidas. Así, nos enteramos que las zonas de hábitat precario no regularizadas de la periferia de La Paz no disponían, hace todavía algunos años, de servicios organizados de recojo de basura doméstica, incluso cuando ya se habían adoptado disposiciones municipales para efectuar tales trabajos. Los reglamentos no son efectivamente aplicados más que en los barrios urbanizados y aptos para recibir un sistema clásico de tratamiento de residuos, mientras que son ignorados en las zonas populares donde la topografía de las calles no permite a los camiones abrirse paso.

En Argentina, la privatización del agua en el Gran Buenos Aires es altamente representativa de un “contexto innovador en el marco de una economía de mercado”, tendencia que marca la política pública seguida por este país durante más de una década. La desvinculación del Estado y la privatización de servicios urbanos tradicionalmente encargados a las autoridades públicas son tendencias fuertes hoy en día en

muchos países en desarrollo. Actualmente la innovación depende allí de la rentabilidad financiera de cada operación urbana, aunque esta evolución afecte servicios indispensables para la vida física de los individuos y una urbanización coherente de la vida urbana (conducción de agua potable, evacuación de las aguas sucias, tratamiento de residuos sólidos, transportes públicos).

Este proceso de liberalización de los servicios urbanos y de internacionalización de su control se ha extendido en su momento a toda la Región Metropolitana de Buenos Aires, con los imperativos a la vez técnicos y medioambientales (mejoramiento de la calidad y de la cantidad de agua puesta a disposición) y económicos (rentabilización de nuevas inversiones). Los servicios de abastecimiento de agua potable y de evacuación de aguas residuales, promovidos como compromiso político desde los años 50 y ampliamente extendidos en la zona metropolitana, reflejan hoy en día, el hecho de su privatización, un principio de segregación territorial que estigmatiza las comunas periféricas y los barrios pobres en particular.

El conocimiento de contextos nuevos conlleva a evocar los objetivos perseguidos. Desde una perspectiva comparativa se analizan las prácticas sociales “medioambientales” en terrenos muy operativos y dentro de ciudades particulares. La comprensión de los desafíos socio-políticos del medio ambiente y del desarrollo pasa por el estudio de los hábitos de actores distintos pero poseedores de una idéntica finalidad: el mejoramiento de las condiciones generales de existencia gracias a un mejoramiento real del medio urbano (Pattaroni *et al.*, 2009).

La complejidad de las motivaciones se acompaña de una infinidad de efectos sociales y económicos cuya consideración es a menudo minimalista al momento de la elaboración de estrategias de acción de parte de los decisores. A primera vista, esta inquietud de mejoramiento medioambiental va forzosamente de la mano con una mayor sostenibilidad del desarrollo. Es en efecto difícil pensar que contar con aire limpio, agua potable y hábitat salubre, por ejemplo, vayan en contra de una

perspectiva de sanidad pública, de una ciudad más “vivable” para todos.

Siendo así, tal ecuación no puede limitarse al mejoramiento del medio ambiente y a una sociedad urbana más armoniosa; otros parámetros intervienen para complicar la evaluación. De hecho, la mejora del medio ambiente descansa cuanto menos sobre tres factores: i) la puesta en marcha de tecnologías aptas para frenar el deterioro de las condiciones de vida y la contaminación del medio ambiente; ii) inversiones públicas y privadas acordes para permitir la realización de este objetivo y la extensión de los efectos al conjunto de la colectividad; iii) el dominio social e institucional de este enredo de “factores naturales y materiales” en la perspectiva de implantar lo que podría ser una “buena gestión” del medio ambiente urbano.

Teniendo en cuenta tales especificidades del medio urbano nuestra hipótesis es que un mejoramiento consecuente del medio ambiente implica una verdadera *creatividad tecnológica*, es decir, un dominio social innovador de las tecnologías. Esto significa que en una perspectiva de desarrollo sostenible, la innovación es “real” no solamente mientras está *realizada técnicamente*, sino también cuando ella es aceptada socialmente e integrada en un contexto cultural y económico dado.

No es sino a este precio que las tecnologías puestas en marcha y su aplicación al campo medioambiental tendrá un efecto positivo para el conjunto de la sociedad. Es necesario, para ello, que los mecanismos de distribución territorial y de repartición social de los “beneficios” tecnológicos y medioambientales alcancen a la gran mayoría de los ciudadanos. A la inversa, será difícil admitir que una innovación tecnológica contribuye a un desarrollo urbano sostenible –o incluso más sectorialmente, al mejoramiento del medio ambiente– si su aplicación comporta o refuerza la fragmentación espacial o la segregación social. Ninguna “razón medioambiental” superior puede ser esgrimida si las innovaciones que ella induce deben desprender más pobreza y más marginalidad para la gran mayoría.

La mejora del medio ambiente en el ámbito urbano está directamente vinculada a la de las

condiciones de vida de los grupos sociales que allí residen.

Los tres estudios de caso latinoamericanos confirman la realidad de este lazo. En el plano social, la pertinencia de tres experiencias innovadoras analizadas es por otra parte evidente. Se trata en efecto de ofrecer viviendas decentes a las poblaciones pobres de las ciudades cubanas; de extender los servicios de agua a los barrios populares de la periferia de Buenos Aires, allí donde estas infraestructuras se revelan ampliamente deficientes; de poner a disposición de familias bolivianas de barrios irregulares de La Paz un servicio de recojo de residuos domésticos todavía inexistente. El interés colectivo de las “innovaciones” analizadas es indiscutible. Para abordar las verdaderas cuestiones medioambientales y evaluar de manera realista las consecuencias sociales de los cambios inducidos para cada uno de los elementos del proceso, es necesario interrogarse por las lógicas de su puesta en marcha.

En cada uno de los casos puestos a prueba, tres actores indisociables están presentes sobre la escena urbana: el gobierno urbano, responsable de las normas y de su aplicación; el ciudadano, ya sea productor de su medio ambiente y/o consumidor de servicios puestos a su disposición; el mediador, ya sea que se trate de una empresa privada, de una microempresa comunitaria o de una sociedad sin fines de lucro. Las posiciones tomadas por cada uno de estos actores en la gestión urbana harán que la dinámica sea más o menos apta para “socializar” una tecnología favorable al medio ambiente.

En Bolivia, la municipalidad, aunque dotada por la nueva Constitución de todos los poderes otorgados por las políticas de descentralización, no consigue ser el motor del cambio. Concretamente, ella traduce en su gestión de residuos sólidos un tratamiento social de desigualdad, ofreciendo a través de empresas interpuestas prestaciones de menor calidad en los barrios y alrededores de las poblaciones enfrentadas a los problemas más agudos.

En la zona metropolitana de Buenos Aires, la consideración de lo social en la nueva gestión del agua es igualmente reveladora de los

conflictos de interés entre actores urbanos. Reconocidos en sus derechos ciudadanos de consumidores de servicios de la colectividad (por la extensión de redes técnicas en sus barrios), las poblaciones pobres de las comunidades periféricas deben rápidamente perder sus ilusiones porque esta extensión es selectiva y no cubre ciertos barrios o viviendas. Auto-productores de un servicio de base informal (pozos cavados en el mismo suelo), los pobres continúan siendo consumidores virtuales y su precariedad continúa o incluso se agrava. Muchas de las familias que han podido acceder a esta nueva prestación, se encuentran en la imposibilidad de asumir la carga financiera, enfrentan retardo en los pagos, cierre de contadores, y otros tantos problemas que los devuelven a su verdadera posición frente a las leyes del mercado, la de los excluidos.

Es sobre esta base que se organiza la discusión del proceso de privatización del agua que, ciertamente, mejora la calidad intrínseca de las prestaciones (mejor calidad del agua y circulación reforzadas) pero la reserva a aquellos que pueden pagar el precio. Enfrentados al nacimiento de tales movimientos de protesta cuya consideración no se inscribe en el cuaderno de cargas de las empresas, las municipalidades están en la obligación de compensar los excesos de la liberalización del sector y jugar al mediador frente a las reivindicaciones de la población, aunque desposeídas de poder deben jugar allí un rol en primer plano.

Esta conciencia ciudadana está en la base de la acción llevada a cabo en Cuba durante muchos años por la ONG Hábitat-Cuba. La dimensión social está en el centro del dispositivo. Los grupos de habitantes implicados en estas experiencias conocían las reglas de juego y su participación fue efectiva e indispensable en más de una cuestión. Ellos fueron obreros en la construcción de su casa, como en el ejemplo de las microbrigadas que acompañan las grandes realizaciones constructivas en el país, economizando igualmente en los gastos de ejecución. Su participación es también y ante todo tenida en cuenta por la implantación de una nueva forma de gestión colectiva de su patrimonio.

Esta concepción participativa de la planificación y el aprendizaje mutuo entre técnicos y residentes alarga forzosamente la duración de los procesos de realización y el tiempo entra entonces en la cuenta. Pero este alargamiento de los plazos de realización debe, a su término, repercutir en una gestión más beneficiosa, tanto para los poderes públicos como para los usuarios:

- por la edificación de obras más acordes a la demanda social;
- debido a un control directo sobre la calidad de la puesta en marcha,
- buscando una capacidad de mantenimiento de las viviendas;
- y, sobre todo, mirando hacia una mayor cohesión social de los grupos que abandona un enfoque demasiado individualista de las cuestiones urbanas, por una visión más compartida de su futuro.

La preocupación por el impacto social de estas innovaciones está claramente afirmada en Cuba, sigue siendo un elemento determinante de la acción colectiva, aunque actúa en el corazón del sistema. Por el contrario, esta preocupación aparece, en el caso argentino y boliviano, como una dimensión marginal.

Cuando se comparan estas tres situaciones, muy distintas al fin de cuentas, lo social se revela indisociable de lo político y la articulación entre los actores del desarrollo urbano traduce el modo según el cual el cuadro político facilita o traba una acción para el mejoramiento del medio ambiente, a favor o no de un desarrollo sostenible de la ciudad. Ciertamente, ninguna situación, sea cubana, boliviana o argentina, puede servir de modelo, las intenciones perseguidas estuvieron cada vez sometidas a las restricciones de un sistema dado.

Los costos económicos, si permanecen difícilmente apreciables a menudo para los actores mismos, no son sin embargo menos reales. Estos gastos representan cargas de las cuales se debería idealmente asegurar una distribución equitativa entre los beneficiarios de los servicios puestos a disposición, pero en la realidad se revelan como fuente de beneficios y por

ende como objetos de conflicto, de luchas entre poblaciones, poderes políticos e intermediarios privados.

Las mejoras medioambientales no pueden ser tampoco descuidadas. Ellas existen en cada caso, pero su amplitud, tanto en el plano espacial, técnico como social, depende grandemente de las políticas públicas puestas en marcha para acompañar la realización. Los mecanismos de decisión, a veces descuidados por los especialistas de la innovación, son sin embargo esenciales para la supervivencia de todo proyecto. Son estos mecanismos los que transforman la idea original en real, con su tren de consecuencias económicas y sociales. El impacto de la innovación sobre la sociedad civil permanece así como el principal desafío que debe recoger toda experiencia pretendidamente innovadora. Cada vez que este impacto es subestimado, los ciudadanos pobres encuentran problemas insolubles que no desprenden ninguna otra fatalidad que las elecciones hechas conscientemente por los decisores para alcanzar sus objetivos. Igualmente, el alcance social de estas transformaciones sigue siendo problemático, mientras que es a partir de ella que deberían estar pensadas las situaciones futuras como los mecanismos de prorrateo en la medida de hacer del desarrollo sostenible un desarrollo social para todos.

### **Hábitat precario y servicios urbanos en Ho Chi Minh City, Vietnam**

Desde 1994, en colaboración con la Universidad Nacional de la Ciudad Ho Chi Minh (HCMC, por sus siglas en inglés), tres equipos de investigadores de la EPFL (ciencias sociales y urbanismo, hidrología y eco toxicología) pusieron en marcha un dispositivo de investigación-acción para mantener tres unidades científicas homólogas en Vietnam de manera de establecer, en un contexto metropolitano de país emergente en pleno crecimiento económico, cuáles son los vínculos que se pueden estar levantando entre: la atracción migratoria de una gran capital económica como puede serlo la Ciudad Ho Chi Minh (más de cinco millones de habitantes y un 30% de la produc-

ción económica nacional actual), el aumento de la población que se desprende (alrededor de 100.000 individuos se establecen cada año con toda ilegalidad en la zona metropolitana), y la calidad de vida de los ciudadanos.

En efecto, de acuerdo a las estadísticas económicas que sostienen entre 7 y 10% de crecimiento anual del PIB en el curso de los años 1990-2010, síntomas de deterioro de las condiciones de existencia de las poblaciones más desfavorecidas matizan los efectos positivos de este auge económico: rápida degradación de los recursos medioambientales, en particular del agua (HCMC está atravesada por canales y otros cursos de agua); precarización de viviendas autoconstruidas sin la asistencia arquitectónica y técnica requerida para su durabilidad; informalización creciente de fuentes de ingreso (Wust, Bolay, Du, 2002; Bolay, Du, 1999).

Los índices son claros, con un tercio de la producción nacional, la región metropolitana de la Ciudad Ho Chi Minh es el centro económico de Vietnam, el polo de atracción para todos los individuos que están en la búsqueda de un empleo, de un ingreso, de una situación mejor. Esta carrera por la “felicidad urbana”, perfectamente comprensible, no se realiza sin embargo sin tensiones.

El contraste es flagrante entre un país de alrededor de 85 millones de habitantes en 2009, globalmente poco urbanizado, en el que solo el 27% de la población vivía en el medio urbano (pero con una proyección estimada de 43% en 2030), y la metrópoli creciente de la Ciudad Ho Chi Minh, con 7,15 millones de habitantes en 2010, perteneciente a la treintena de las aglomeraciones asiáticas más grandes. Y el reciente boom económico no hace más que reforzar esta tendencia. Se estima que el número de inmigrantes de origen rural que se establecen anualmente en los diferentes barrios de la ciudad es de alrededor de 25.000 familias. Como consecuencia de esta elección, la presión sobre la tierra aumenta y la densidad residencial se eleva constantemente (Bassand *et al.*, 2000).

Esta evolución no opera sin consecuencias sobre la calidad del hábitat y de los servicios para la colectividad. Los poderes públicos

reaccionan, un poco golpe por golpe, desgarrados entre su sueño planificador, sucedáneo de Singapur o de Taiwán en mente, y los imponderables de lo cotidiano: sin capacidades reales de controlar estos flujos de inmigrantes, sin medios para la instalación de equipamiento destinado a responder a las necesidades fundamentales de la población. Y sin embargo se toman decisiones, y no todas van en el sentido equivocado. Algunas merecen ser reconocidas porque ofrecen más flexibilidad en la gestión de esta inmensidad territorial<sup>10</sup> y, quizás, al final más eficacia.

La primera particularidad es de orden institucional, los límites administrativos de la ciudad recubren un vasto territorio, urbanizado pero igualmente periférico y rural. Lo que debería, en principio, permitir un mejor control de la planificación y el ordenamiento de las infraestructuras urbanas, ya sea a favor de polos urbanos periféricos o en beneficio de barrios de más débil densidad demográfica. Todavía falta que las autoridades de la Ciudad Ho Chi Minh piensen la metrópoli en sus dimensiones reales, actúen en consecuencia y velen por alejarse –lo que es hoy en día muy frecuente– de realizaciones puntuales, muy sectorializadas y sin coherencia de conjunto.

La segunda particularidad, más política, se vincula a la flexibilización del control de los habitantes. Si bien, oficialmente, el ciudadano vietnamita tiene la obligación de obtener un derecho de residencia para poder establecerse en la Ciudad Ho Chi Minh, se sabe que esta reglamentación no se cumple desde hace años; 40% de las familias no tendrían de autorización de residencia y el 35% de las actividades económicas serían informales (Du, 1996). En todo el país, el suelo queda en zonas confundidas con propiedad del Estado, y en adelante su usufructo privativo puede ser objeto de una atribución mediante la compra. Este sistema mixto interesa tanto a las empresas como a las familias que desean legalizar su ocupación

territorial y su construcción inmobiliaria. Se puede pensar que la supresión de barreras burocráticas ineficaces permitirá reanudar el diálogo entre los residentes “ilegales” y las autoridades en la definición de reglas coherentes de ocupación del territorio urbano.

La gestión pública continúa, sin embargo, incapaz de hacer frente al desafío de la metropolización. Y el equilibrio delicado que se debe mantener entre espacios públicos y zonas residenciales, entre convivencia urbana y desarrollo comercial, parece ignorado en beneficio de algunas operaciones sucesivas, muy a menudo desconectadas unas de otras, alejadas de todo plan director consecuente. No es que toda planificación esté ausente, sino que ella sigue siendo difícilmente aplicable, sometida al azar de las divisiones administrativas y a tomas de decisión muy centralizadas. Frente a esto, como en todas las capitales del Tercer Mundo, la vida se organiza en otra escala, la de la familia, la comunidad, el barrio, allí donde los padres y los niños se activan, puntos minúsculos que se reproducen incansablemente en los intersticios de los mega-proyectos cuya lista impresiona al observador y su implementación todavía más.

La comprobación es a la vez terrible e impresionante. Una encuesta realizada en dos barrios populares refuerza la impresión que se tiene intuitivamente de la observación hecha por los callejones: saturación, falta de espacios públicos, construcciones rudimentarias y degradación de los recursos naturales. Para el visitante, poco frecuente en estos intersticios urbanos, el contraste es inmenso entre, por un lado, la amabilidad de las personas encontradas y la convivencia que se libra en estos barrios populares, la atención que las familias llevan a sus viviendas, a los pequeños comercios improvisados delante de la casa, a sus niños corriendo por las callejas, y por otra parte, levantando la nariz sobre el horizonte cercano, la urgencia de trabajos enormes de rehabilitación urbana, que incluyen canales saturados de detritus, vías de

10 El área metropolitana, representada por 18 distritos urbanos y periféricos, se extiende sobre 2056 km<sup>2</sup> pero 70% de la población metropolitana está concentrada en 12 distritos centrales sobre una superficie de 140 km<sup>2</sup>.

circulación donde se presiente la muy cercana congestión, sin olvidar los servicios urbanos, deliciosas mezclas de oficialidad técnica y chupucría.<sup>11</sup>

Dos tallas que se superponen y se entremezclan, lo minúsculo de cada estrategia familiar llevada al extremo de pequeños negocios y de casitas de madera sobre los canales, únicas oportunidades para vivir en la ciudad pero en la esperanza inmensa de un futuro mejor, para la educación, la salud y el empleo, incluso para mejorar las condiciones de vida metropolitana de todos aquellos que, con resignación, han aprendido también a “contar solo con sus propias fuerzas”.

Comencemos por lo indispensable, el hogar familiar. Aunque oficialmente la vivienda sea considerada como un bien social, misión del Estado respecto de los ciudadanos, un desfase existe entre esta declaración de intención y la dura realidad que afrontan las poblaciones de escasos ingresos. La carencia de hecho en la oferta inmobiliaria empuja a las familias más pobres a la ocupación de los espacios residuales y a la autoconstrucción. Esto explica que más de 25.000 viviendas hayan sido construidas sobre pilotes en los bordes y sobre los diferentes cursos de agua que atraviesan la Ciudad Ho Chi Minh y que han sido progresivamente destruidas en el curso de los últimos diez años.

Más allá de estos arreglos improvisados, la precariedad atraviesa sobre todo a los barrios populares. El Estado no posee de hecho más que 30% de las viviendas, en el resto cada uno actúa en la medida de sus magras posibilidades, con resultados de una superficie de vivienda muy reducida (en promedio 32m<sup>2</sup> –según nuestra encuesta sobre unidades familiares– para 5,8 miembros), un estado incierto (alrededor de 50% de ocupantes sin título reconocido de propiedad inmobiliaria), construcciones

rudimentarias (en general paredes cimentadas y techos de chapa) y riesgos de inundación, sin olvidar la informalidad en el abastecimiento de servicios indispensables.<sup>12</sup>

Un hogar salubre es indispensable, pero pasar de una vivienda al espacio público nos enseña que los problemas domésticos no son más que el reflejo de las dificultades en la producción y la distribución de equipamientos y bienes indispensables para la organización urbana. Si 300.000 familias son consideradas por las autoridades urbanas como viviendo en barracas (6% de la población), la precariedad, noción menos deprimente, afecta a una proporción mucho más amplia de la población. Si sumamos la irregularidad de la residencia, la informalidad del empleo, la pobreza y el deterioro físico de la vivienda, encontramos que cerca de la mitad de la población está sufriendo de una u otra de estas carencias, cuando éstas no aparecen sumadas.

En términos de reordenamiento urbano, las infraestructuras tal como existen hoy en día no responden ni cuantitativamente ni en su funcionamiento a los desafíos planteados por la urbanización creciente del mayor centro de producción industrial en Vietnam. Una rápida evaluación de las cuestiones medioambientales nos señala los contornos de lo que deberían ser las prioridades de los poderes públicos.

Las redes de conducción de agua no son suficientes para el abastecimiento de la población actual, ni tampoco para las necesidades de 600 grandes industrias y 24.000 pequeñas empresas ubicadas en el perímetro de la metrópoli. El 30% de los barrios no dispone de ningún sistema de saneamiento separado, por ende, las aguas domésticas e industriales se vierten directamente en los canales. Además, como ningún tratamiento de aguas está instalado a nivel de la Ciudad Ho Chi Minh, las vías de agua

11 El agua que serpentea en los tubos de plástico a lo largo de las calles de tierra, la electricidad que se conecta uno mismo en la vivienda, el detritus que se lanza en el arroyo ¡en bolsas plásticas indestructibles!...

12 Entre el 15 y 35% de los habitantes tienen contadores de agua; los otros, para lo esencial, compran el agua de “segunda mano”, a vecinos o a vendedores ambulantes, pagando así de dos a diez veces el precio oficial. Entre 22 y 54% de las viviendas, según el barrio, tienen cloacas que permiten el desagüe de las aguas servidas, los otros envían las aguas utilizadas hacia canales o regueras abiertas. El problema es idéntico con la alimentación eléctrica, solo 50 a 60% de los hogares están conectados a la red pública.

son progresivamente atascadas de sedimentos más o menos tóxicos, perdiendo sus cualidades intrínsecas como su funcionalidad de vía de comunicación para transformarse en vastas cloacas a cielo abierto.

Estas consideraciones sobre la degradación del agua en la Ciudad Ho Chi Minh, sus causas y sus consecuencias sobre la vida de las poblaciones podrían ser retomadas en lo que concierne a otros sectores que afectan al equilibrio medioambiental, ya se trate de transporte urbano, de contaminación del aire o de gestión de residuos sólidos. Todo indica una situación de alerta, las señales están en “rojo” y cuestionan sobre el rol de lo urbano en el desarrollo sostenible.

### **Hacia un enfoque interdisciplinario e inclusivo de los contextos urbanos**

Los resultados extraídos de las experiencias latinoamericana y vietnamita indican que debe hacerse una evaluación rigurosa en diferentes contextos, a partir de la cual las estrategias de cambio podrán ser propuestas a los actores urbanos (a las autoridades urbanas, en primer lugar) a fin de paliar rápidamente y de manera organizada los peligros más graves que afectan las actividades sociales y económicas de mujeres y hombres que viven en la metrópoli.

La complejidad del fenómeno urbano es un entrelazamiento de redes de naturaleza diferente, redes técnicas diversas pero también multitud de redes sociales más o menos visibles según su amplitud, su extensión, su representatividad territorial, su institucionalización. Este carácter mixto de hombres, técnicas, intenciones y realizaciones obliga al observador a seguir el recorrido de estos diferentes proyectos para la puesta en común de las contribuciones científicas de las disciplinas directamente interpeladas por este “melting pot”.

Para la edificación de esta particular “ciencia urbana” parecen indispensables las especificidades de por lo menos cuatro disciplinas:

- el urbanismo, que se inclina sobre el medio construido, su planificación y su

uso social; a sus competencias “clásicas”, heredadas de una tradición multicultural y pluricentenaria, se incorporan nuevos desafíos, que ponen la urbanización no controlada “en lo alto” tal como se opera desde ahora en la mayoría de las enormes aglomeraciones de los países del Sur (y cada vez más seguido en el Norte, con la reaparición de nuevos barrios pobres de gitanos en Francia, por ejemplo). Estas dinámicas ascendentes, que responden a contingencias económicas y reglamentarias, transforman el paisaje urbano y acentúan la fragmentación, que demanda de urbanistas y arquitectos respuestas en apoyo, consejo y líneas directivas a fin de encontrar una coherencia de conjunto y una racionalidad en la puesta en marcha;

- las ciencias del medio ambiente, que por sus conocimientos están a la altura de medir el impacto del crecimiento urbano sobre los recursos naturales que aseguran la perennidad de la vida en sociedad; el agua, el aire, las energías y el suelo son elementos fundadores de la ciudad, elementos que el hombre utiliza, consume, contamina y luego tira con o sin prevención;
- las ciencias de la ingeniería son, a su vez, indispensables para la comprensión de las redes técnicas y territoriales, en su definición, concepción y organización, como en su gestión técnica y financiera y su mantenimiento. La concentración de tales redes en las zonas más densamente urbanizadas vuelve su control siempre más delicado, más sofisticado y más oneroso, y los riesgos de disfunción siempre más elevados, particularmente porque frente a la ausencia de los proveedores públicos o privados las poblaciones implementan por sí mismas soluciones alternativas muy a menudo informales;
- las ciencias sociales que “devuelven sentido” a los procesos de la sociedad porque generan, organizan y toman a su cargo las transformaciones técnicas y medioambientales. Al trabajar a partir de

la interpretación que los actores sociales aportan a su accionar, las ciencias sociales permiten desentrañar las lógicas en marcha, poniendo en evidencia las divergencias que pueden existir entre la acción pública tal como es decidida por las autoridades políticas, las acciones emprendidas por las potencias económicas locales, nacionales e internacionales a fin de valorizar el uso del espacio construido, y las iniciativas promovidas por los individuos y los grupos sociales más vulnerables, a partir de sus raíces culturales, a veces étnicas, y su inserción social (Taboada, 2004), a fin de consolidar su integración urbana, y por tanto su ascenso social. Es a partir de tales explicaciones sobre las causas, el sentido y las consecuencias de las prácticas sociales que se torna considerable proponer formas innovadoras de gestión urbana, tanto a nivel del espacio medioambiental, del tejido construido, como de las infraestructuras técnicas.

Esta mirada plural (y difícil en la interpretación de la puesta en común de lenguajes tan distintos) alcanza todo su valor en el momento en que las interrogantes y las consideraciones que resultan de ella no quedan confinadas al solo mundo científico sino que sirven de “moneda de cambio” a los grandes sectores que funcionan como correas de transmisión del desarrollo urbano (Bolay y Pedrazzini, 1999). La investigación está orientada así hacia la aplicación operativa de los resultados. Se trata entonces de traducir los datos obtenidos y su análisis en instrumentos de ayuda a la decisión, en recomendaciones que sirvan de guías para la innovación y el cambio.

Esto significa, y quizás esto sea lo más importante, que al trabajo propiamente dicho del investigador se le suma una función de servicio y de consejo, de seguimiento en la puesta en marcha. Abrirse a este largo proceso implica a su vez que la investigación sea considerada en un espíritu de concertación interinstitucional, que permita no solamente la integración de diferentes competencias científicas sino también

que desemboque en una alianza efectiva con el conjunto de instituciones involucradas en la problemática. Se puede verdaderamente hablar de un aprendizaje de la negociación que apunta tanto al sector público y las colectividades territoriales como a los medios privados y las organizaciones de la sociedad civil.

Los actores del juego urbano son numerosos y la representatividad de los diferentes sectores implicados en un proceso de investigación no puede aspirar a la exhaustividad. Por ello la tarea concierne prioritariamente a las administraciones públicas locales, regionales y nacionales que –por la determinación del cuadro jurídico y la promoción de acciones operativas–, trazan las grandes líneas de intervención del Estado y fijan sus relaciones con los otros sectores de la sociedad.

La descentralización de las responsabilidades políticas y administrativas, si bien toma formas diversas según el país, todavía demanda ser reforzada en beneficio de las colectividades territoriales locales, apoyándose sobre una mejor coordinación con los niveles superiores de la jerarquía administrativa representados por las autoridades regionales y nacionales. Derrotero imperativo y urgente mientras que los medios requeridos, primero financieros y luego en personal competente y en tecnologías, no están a la altura de los desafíos lanzados.

Frente a las administraciones, son los diferentes sectores de la sociedad civil los que deben estar integrados en un proceso de concertación y de negociación. Basta con pensar en las diferentes empresas económicas que, de cerca o lejos, ejercen una actividad procedente de la transformación urbana (desde luego las oficinas de estudio y las empresas de construcción y de trabajos públicos, pero igualmente toda empresa que decide implantarse en territorio urbano a fin de valorizar las comodidades ofrecidas y proceder así a las economías de escala) (Bolay y Du, 1999).

Como científicos no podemos ignorar el estallido de la sociedad urbana y su recomposición permanente por la combinación de actores sociales, instituciones y organizaciones sociales, y donde se trata de percibir los objetivos

y los desafíos, bosquejando las aperturas hacia una recomposición de las asociaciones urbanas. Nos hace falta decidir con quién queremos “deconstruir” y “reconstruir” la ciudad contemporánea, sus extensiones territoriales y sus intrusiones sociales.

Con este espíritu, la investigación en su desarrollo no puede ser más que participativa e integradora de los representantes de los diferentes sectores de la sociedad.<sup>13</sup> Esta elección metodológica no salva del ejercicio de alto riesgo o de un gusto masoquista por el fracaso programado. Somos conscientes de que al disminuir los participantes, se fragiliza la puesta en marcha y nuestra opción revela que la preocupación es por la eficacia, sabiendo por experiencia que un alejamiento demasiado grande entre los operadores (cualquiera sea la identidad) y los generadores de la investigación tornará más hipotética la transformación de los resultados y de sus recomendaciones en guías para la acción e instrumentos de gestión.

Dos particularidades de las ciudades del Sur no pueden ser desatendidas. Ellas dan en efecto cuerpo a este método: en promedio, más del 50% de las actividades sociales y económicas en medio urbano se desarrollan en un espacio “informal” (Roy y Alsayad, 2004). Se escapa así a lo institucional, a lo reglamentario, a la oficialidad. Pero esta alta densidad de energías humanas, este despliegue de acciones, si participa plenamente en la producción urbana y en la plusvalía que se libera, queda largamente ignorada de los análisis socioeconómicos, ya sea que se trate de su estructuración social o de sus expresiones políticas. La voluntad de integrar los sectores populares y no limitar nuestra interacción solamente a los representantes de los organismos públicos y organizaciones sociales “patentadas” nos conduce a una metodología

en la cual los habitantes y los responsables de organizaciones comunitarias pueden sentirse asociados con plenos derechos.

En conclusión, es posible afirmar que la investigación urbana hoy en día debe llenar las condiciones propicias para su éxito tanto en términos de diagnóstico como de proyección.

La investigación es interdisciplinaria si en ella se reúnen numerosos campos de las ciencias buscando conjugar en una reflexión común los aportes de ciencias del hombre a los logros de las ciencias físicas y técnicas en la definición y el enfoque de un nuevo “sujeto de estudio”: lo urbano. Y esto desde la concepción de un proyecto, en su ejecución, pasando por el análisis, que bien podría ser hecho de la aplicabilidad de los resultados obtenidos. Ello tiende a la transdisciplinaria, en el sentido que lo entienden Maingain *et al.* (2002), “por la transferencia de conceptos, modelos y métodos provenientes de una disciplina hacia otra”, como en el caso de las nociones de sistemas o de red.

La investigación debe orientarse hacia la aplicación operativa de los resultados. Se trata de traducir los datos obtenidos y su análisis en herramientas de ayuda a la decisión, en recomendaciones que sirvan de guías para la innovación y el cambio. Esto significa –y quizás sea lo más importante– que al rol propiamente dicho de investigador se le agrega una función de servicio y de consejo, de seguimiento durante toda la puesta en marcha.

Abrirse a este largo proceso implica a su vez que la investigación sea considerada dentro de un espíritu de concertación interinstitucional, que permita no solamente la integración de diferentes competencias científicas, sino que concluya en una asociación efectiva del conjunto de las instituciones involucradas en la problemática. Se puede hablar de un aprendizaje

13 Este tipo de metodología es, hoy día, cada vez más utilizada tanto por profesionales como por académicos. Es el caso de la colaboración entre la Facultad de Arquitectura de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, Bolivia, y la Escuela Nacional Superior de Arquitectura de Paris La Villette, a través de talleres participativos con autoridades públicas y pobladores de la ciudad de El Alto, a fin de encontrar soluciones sostenibles al hábitat precario de los pobres de esta zona urbana periférica. Ver: [http://www.minculturas.gob.bo/index.php?option=com\\_content&task=view&id=754&Itemid=314](http://www.minculturas.gob.bo/index.php?option=com_content&task=view&id=754&Itemid=314); además de los concursos internacionales para académicos y jóvenes estudiantes sobre cuestiones urbanísticas vitales para el desarrollo territorial y social de las ciudades del Sur y del Norte: Concours international Art Urbain, Séminaire Robert Auzelle, Paris; <http://www.arturbain.fr/>

de la negociación que apunta tanto al sector público y las colectividades territoriales como a los medios privados y las organizaciones de la sociedad civil.

Ninguna operación de desarrollo urbano, socioeconómico, tecnológico, constructivo o medioambiental, que se realice en los países más pobres o en los países industrializados podrá contar con una consecuencia operativa si no implanta una estrategia de participación social y de reforzamiento de la sociedad civil y de las autoridades locales (Mitlin y Satterthwaite, 2004). La investigación urbana es un hito en esta perspectiva de transformación global de la ciudad y sus habitantes.

### De lo local a lo global. Similitudes y diferencias en la cuestión urbana

Pasar de la Europa industrial al resto del mundo, y particularmente hacia comarcas lejanas y relativamente menos conocidas haría creer que los especialistas de lo urbano somos propensos al descubrimiento de un exotismo de pacotilla más que a la búsqueda de verdaderos sujetos de investigación científica.

Esta mirada un poco etnocéntrica que algunos occidentales tienen de las realidades del Tercer Mundo afortunadamente está cambiando, y esto por tres razones que emergen de los procesos de globalización nacidos del siglo XX capitalista. Por una parte, los destinos del mundo, sean económicos y financieros, políticos, incluso demográficos y sociales, se interfieren de manera creciente. En este sentido, las transformaciones en curso en los países del Sur (y especialmente la triangulación entre urbanización –informalización de la economía– migraciones rurales/urbanas e internacionales) afectan directa e indirectamente a los

países industrializados; lo que es igualmente verdadero a la inversa (las reglas económicas impuestas en el plano mundial por la OMC o a través de los ajustes estructurales decididos por el FMI vuelven a poner en cuestión la estabilidad y la viabilidad de las economías periféricas, tal como puede provocar, a nivel sectorial, la expansión del turismo de masas que modifica profundamente los territorios y su influencia en muchos países en desarrollo).

Por otra parte, numerosos fenómenos que aparecen tanto en el plano macro como de manera más localizada en los países del Sur, son signos precursores de transformaciones globalizadas del mundo contemporáneo que afectan, en primer lugar, a las sociedades más fragilizadas pero vienen enseguida a modificar comportamientos sociales, económicos y políticos en países más protegidos a causa de la solidez de sus aparatos económicos, la prevalencia de modelos democráticos de gestión pública y la institucionalización de las organizaciones sociales.<sup>14</sup> Esto es válido también respecto del deterioro avanzado del hábitat, fenómeno que se repite en muchos guetos étnicos de ciudades europeas,<sup>15</sup> frente a otros cambios mayores de la organización del espacio urbano y su gestión. Basta con pensar en la privatización de los servicios colectivos, experimentada a tamaño real en numerosas urbes latinoamericanas o africanas bajo presiones de los planes de ajuste estructural de los años 80; en el incremento de las formas sociales y económicas de pauperización –violencias urbanas, bandas juveniles, tráfico– y de respuestas sociales “ilegales”, pero también en una perspectiva más optimista en formas innovadoras de gobernanza urbana –presupuestos participativos en Brasil (Lieberherr, 2003), observatorios urbanos HÁBITAT en tres continentes, gobiernos metropolitanos en la Ciudad Ho Chi Minh o en Bangkok.

14 Si en materia de urbanización se piensa con razón en los EE.UU. para dar cuenta del origen y la naturaleza de los enclaves territoriales apostados en las zonas periurbanas –*malls*, centros comerciales y recreativos, entre otros– está bien saber que desde hace muchas décadas, la urbanización difusa caracteriza muchas zonas metropolitanas del Tercer Mundo. Lecciones interesantes se pueden aprender de los “derroches” provocados por el urbanismo ex post (urbanización realizada luego del establecimiento humano).

15 Piénsese en los barrios gitanos de las ciudades búlgaras o rumanas, totalmente marginalizados de las urbanizaciones públicas y de las políticas de hábitat social implementadas por las autoridades públicas.

La urbanización –y, en un enfoque más avanzado, la metropolización y la metapolización (Ascher, 2009)– representa, como ha sido dicho al principio, un proceso global que transforma todas las sociedades contemporáneas del planeta, ya sean del Sur o del Norte, pobres o ricas, democráticas o autoritarias. Un número de invariantes se repiten y permiten la comparación: migraciones de origen rural, concentración de medios de producción económica, polarización cultural y política. En contrapartida, numerosas diferencias están allí para poner en evidencia la variabilidad de los fenómenos mayúsculos en una perspectiva temporal y según los contextos socio-espaciales: tasas de crecimiento urbano, fundamentos de relaciones sociales y políticas, gestión medioambiental, gobernanzas urbanas, recursos financieros y técnicos.

Estos argumentos nos colocan frente a una apasionante realidad en movimiento, la urbanización como proceso multiforme, lo urbano como marco de vida y como cultura; todo esto más allá de las fronteras disciplinarias, más allá de límites territoriales, poniendo en el espejo similitudes y diferencias que configuran de manera mil veces repetida y por lo tanto jamás parecida, esta ciudad devenida urbana que se sabe crisol del futuro.

## Bibliografía

- Ager, Michel (1999). *L'invention de la ville. Banlieues, townships, invasions et favelas*, Amsterdam: Ediciones de los archivos contemporáneos.
- Ascher, François (2009). *L'âge des métapoles*, Paris: L'aube.
- (2000). *Ces événements nous dépassent, feignons d'en être les organisateurs; essai sur la société contemporaine*, Paris: L'aube.
- Bassand, Michel; Du, Thai Thi Ngoc; Tarradellas, Joseph; Cunha, Antonio; Bolay, Jean-Claude (2000). *Métropolisation, crise écologique et développement durable. L'eau et l'habitat précaire à Ho Chi Minh Ville, Vietnam*, PPUR, Lausanne.
- Bolay, Jean-Claude (2006). "Slums and urban development: Questions on society and globalization", en: *The European Journal of Development Research*, vol. 18, n° 2, junio, pp. 284-298.
- (2004). "World globalization, sustainable development and scientific cooperation", en: *International Journal of Sustainable Development*, vol. 7, 2004, Reino Unido: Wolverton Mill.
- Bolay, Jean-Claude; Rabinovich, Adriana; André de la Porte, Cheryl; Ruiz, Lucía; Unda, Mario; Vivero, Mario; Serrano, Tania; Nieves, Gabriela (2004). "Interface urbano-rural en Ecuador. Hacia un desarrollo territorial integrado", Cahier du LaSUR 5, LaSUR, EPFL, Lausanne.
- Bolay, Jean-Claude (con la colaboración de Pedrazzini, Y.; Rabinovich, A.; Pleyan C., Catenazzi A.) (2003). *Innovations in the urban environment and social disparities in Latin America: The shift from technical to social issues as the true challenge of change* (artículo sometido a revisión de pares), Oxford: Habitat International, Elsevier Science.
- Bolay, Jean-Claude; Pedrazzini, Yves; Rabinovich, Adriana (2000). "Quel sens au 'développement durable' dans l'urbanisation du tiers-monde?", en: *Développements et coopérations, Les Annales de la recherche urbaine*, n° 86, junio, Paris: Plan Urbanisme Construction Architecture.
- Bolay, Jean-Claude; Du, Thai Thi Ngoc (1999). "Sustainable development, urbanization and environmental risks: The priority of local actions in Ho Chi Minh City, Vietnam", en: *Journal of Urban Technology*, vol. 6, n° 2, Nueva York: Carfax Publisher.
- Bolay, Jean-Claude; Pedrazzini, Yves (1999). « Environnement urbain et développement: c'est quand qu'on va où? », en: Bolay J.-C. et al. *Environnement urbain, recherche et action dans les pays en développement*, Basel: Birkhäuser Verlag.
- Castells, Manuel (1996). *La société en réseaux - tome I - L'ère de l'information*, Paris: Fayard.
- Choay, Françoise (1999). *De la ville à l'urbain*, en: *Urbanisme*, n° 309, Paris.
- Davis, Mike (2006). *Planet of slums*, Londres: Verso.

- Du, Thai Thi Ngoc (1996). « Le secteur informel à Hô Chi Minh Ville », en: *Vietnam. Les Cahiers d'Outre-Mer*, n° 196, 49<sup>e</sup> année, Bordeaux: Institut de Géographie de l'Université Michel de Montaigne.
- Godard, Francis (1996). *Des partenariats dans nos villes pour l'innovation urbaine*, Gestion des transformations sociales MOST (document de discussion 9), UNESCO, Paris.
- Godard, Olivier (1996). « Le développement durable et le devenir des villes. Bonnes intentions et fausses bonnes idées », en: *Futuribles*, n° 209, mayo.
- Joye, Dominique; Leresche, Jean-Philippe (1997). « Gouvernance et nouveaux territoires d'action publique », en: Guy, S.; Leresche, J.-P.; Bassand, M., *Gouvernance métropolitaine et transfrontalière, action publique territoriale*, Paris: L'Harmattan.
- Lieberherr, Françoise; Bolay, Jean-Claude (2007). *La pauvreté urbaine: Un défi mondial*, Cahier de la coopération n° 5, Cooperation@epfl, VPRI, Lausanne.
- Lieberherr, Françoise (2003). « Le budget participatif, nouvel instrument de démocratie », en: *Urbanews*, n° 7, Berna: DDC.
- Maingain, Alain; Dufour, Barbara; Fourez, Gérard (dir.) (2002). *Approches didactiques de l'interdisciplinarité*, Bruselas: De Boeck Université.
- Mitlin, Diana; Satterthwaite, David (eds.) (2004). *Empowering squatter citizen. Local governments, civil society and urban poverty reduction*, Londres: Earthscan.
- Neuwirth, Robert (2005). *Shadow cities. A billion squatters, a new urban world*, Nueva York: Routledge.
- Paquot, Thierry (2006). *Terre urbaine. Cinq défis pour le devenir urbain de la planète*, Paris: La Découverte.
- (1999). « Le XX<sup>e</sup> siècle: l'hégémonie urbaine – Le devenir urbain du monde », en: *De la ville à l'urbain*, revue Urbanisme, n° 309, Paris.
- Paquot, Thierry (dir.); Lussault, M.; Body-Gendrot, S. (2000). *La ville et l'urbain, l'état des savoirs*, Paris: La Découverte.
- Pattaroni, Luca; Kaufmann, Vincent; Pedrazzini, Yves; Bolay, Jean-Claude; Rabinovich, Adriana (2009). « Personas y territorios: la sociología urbana y el enfoque de los modos de vida en el Sur », en: Wanderley Fernanda (coord.). *Estudios urbanos. En la encrucijada de la interdisciplinaridad*, CIDES-UMSA Colección 25Años, La Paz: Plural.
- Pedrazzini, Yves; Bolay, Jean-Claude; Bassand, Michel (1996). *Habitat créatif, éloge des faiseurs de ville, habitants et architectes d'Amérique Latine et d'Europe*, Paris: FPH + UNESCO.
- Percq, Pascal; Groupe de Salvador (1994). *Les habitants aménageurs*, Paris: L'aube.
- Rist, Gilbert (1996). *Le développement. Histoire d'une croyance occidentale*, Paris: Presse de Sciences Politiques.
- Roy, Anaya; Alsayad, Nezar (eds.) (2004). *Urban informality. Transnational perspectives from the Middle East, Latin America, and South Asia*, Estados Unidos: Lexington Books, Lanham.
- Sachs, Ignacy (2007). *La troisième rive. A la recherche de l'écodéveloppement*, Paris: Bourrin Editeurs.
- (1997). *L'écodéveloppement. Stratégies pour le XXI<sup>e</sup> siècle*, Paris: Syros.
- Stiglitz, Joseph E. (2007). *Making globalization work*, Nueva York: W. W. Norton.
- Taboada, Varinia (2004). « Appropriation de l'espace dans l'habitation aymara. Territorialité du dedans au dehors », en: Cain, Albane (dir.). *Espace(s) public(s), espace(s) privé(s). Enjeux et partages*, Paris: L'Harmattan.
- Theys, Jacques (2002). « L'approche territoriale du 'développement durable', condition d'une prise en compte de sa dimension sociale », en: *Revue Développement Durable & Territoire*.
- Thévoz, Laurent (1999). *La décentralisation en Bolivie, un modèle en construction*, Berna: DDC.
- Touraine, Alain (1984). *Le retour de l'acteur*, Paris: Fayard.
- Tribillon, Jean-François (2002). *L'urbanisme*, Paris: La Découverte.
- UNCHS (HABITAT) (2009). *Planning sustainable cities. Global report on human settlements*, Londres: Earthscan.

- (2005). *Financing urban shelter. Global report on human settlements*, Londres: Earthscan.
- (2001). *Cities in a globalizing world. Global report on human settlements*, Londres: Earthscan.
- United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division (2009). *World Urbanization Prospects, the 2009 Revision*, Nueva York: UN, en: <http://esa.un.org/unpd/wup/index.htm>.
- Westendorff, David (ed.) (2004). *From unsustainable to inclusive cities*, Ginebra: UNRISD.
- World Commission on Environment and Development (pres. Gro Harlem Brundtland) (1987). "Our common future", Reino Unido: Oxford University Press.
- Wust, Sebastien; Bolay, Jean-Claude; Du, Thai Thi Ngoc (2002). "Metropolization and the ecological crisis: Precarious settlements in Ho Chi Minh City, Vietnam", en: *Environment and Urbanization Review*, octubre, Londres: IIED.